

ra, la bondad, la redondez del relato, yo creo que nada importa lo que un término pueda significar en propio y aislado, en Barinas o en el Apure. El acierto radica en la textura, en la difícil perfección que torna inmediato y meridiano el cuento, quitando de paso hierro a tanto hablar sin eufemismos cual corresponde a un pueblo a caballo.

Si las autoridades de la lengua son los grandes escritores, que la fueron remozando, doblegándola a su pensamiento, bien venido sea en Cela el creador de lengua al servicio de su estilo cortado: de lengua universal, esa que se entiende aun sin saberla por lo menudo y no hay quien se atreva o empeñe en traducirla. Frases musicales y redondas como sentencias, acordadas en el superior concento. Así la invención de James Joyce, en sus dos últimos y grandes libros. Y lo que el irlandés buscó por lo alto, por lo libresco y la cultura, nuestro paisano lo consigue por lo llano y castizo fundido con el pueblo. Que no es menuda ventaja. Venga otro, y lo mejore.

Conforme el otoño limpia

El otoño de la vida, por supuesto. El que limpia de los árboles las hojas superfluas. Es tiempo —colmada la cosecha— para meditar, hora de echar sumas y restas, ocasión de suspirar por un paraíso perdido y ver cómo recobran cuerpo, surgen ahí, al alcance de la mano, sombras y fantasmas de los años mozos, de aquella infancia en ascenso por los escalones de la experiencia. Y es justamente esa experiencia, salvada ya la fatigosa cuesta del oficio, la que permite al escritor rehacer aquel paraíso primero infundiéndole una poesía y sabor y una encantadora verosimilitud muy superiores a los que auténticamente vivimos y entendimos cuando los disfrutamos en nuestra infancia real. Como también, por significativa y general coincidencia, ese evocar la primavera en otoño nos vale las páginas más acendradas y primorosas, más vivas y entrañables de los buenos escritores. Ahí está —cuando vislumbra el alba de oro— el trasfondo de la narración que da título a *El molino de viento*, o tantas páginas estupendas de *Judíos, moros y cristianos* en que Camilo José Cela abandona artificiosas crueldades de juventud y su prodigioso caudal léxico lo dispensa sin mayor esfuerzo, tiéndolo de ternura. Ahí, con más acusadas notas, *Karla y otras sombras*, el reciente libro de Luys Santa Marina, y *Valparaíso (Fantasmas)* del gran escritor chileno Joaquín Edwards Bello.

No está en mi ánimo, ni sería lícito, intentar parangón entre la figura literaria ni la modalidad adoptada por uno y otro, el escritor montañés y el novelista chileno. De siempre anduvo Santa Marina atento a nuestros místicos y predicadores, a los grandes padres de nuestro idioma, en pos de una perfección, una propiedad de lenguaje y un estilo cristalino conseguidos sobre el acopio de millares de fichas y la identi-

ficación con nuestros clásicos. Joaquín Edwards Bello, en cambio, con su cuarterón inglés y el muelle clima de su aristocrática sociedad chilena abierta a los vientos de Europa y con un pie en París, a esa felicidad lingüística, a esas galanuras del estilo antepuso siempre la acción, el color local, el prurito costumbrista —fidedigno notario de su tiempo y circunstancia— con asomos de intención sociológica. Lo que en Santa Marina era ímpetu, noble emulación, hacernos revivir los grandes tiempos por contrapuestos al conformismo y agarbanzamiento contemporáneo, valía en el chileno descender a lo más bajo de nuestra sociedad, introducirnos en lo chato y desesperanzado y triste de la vida, en el mundo de rotos y huasos y hetairas de baja estofa, la menguada picaresca en que han venido a parar las glorias de antaño, quijotismo también, aunque de signo contrario. Hay quien canta al linaje en sus excelencias y hay quien lo ama y comprende incluso en sus defectos, que en circunstancias favorables pudieran convertirse en primores. Uno en lo conseguido, otro en lo potencial y latente, coincidían ambos en lo utópico, eran quijotes por el mismo estilo. Como, mediando los años y los desengaños, vienen con un mismo timbre a entonar los mismos acordes, a volcar poesía y ternura sobre los fantasmas de su niñez.

En el autor de *El roto* esa recordación toma forma de novela, las breves hojas de almanaque son otras tantas tenues pincladas para un cuadro de época, estructuradas en torno al crecer de un niño de la buena sociedad, siguiéndole paso a paso —y con mordiente novelesco— hasta que se hace hombre hecho y derecho, valiéndonos a la vez una visión acabada, una interpretación seductora de la Valparaíso de su infancia. El viejo hidalgo español y la cerrada sociedad de los comerciantes y técnicos ingleses, el mundo turbio de inmigrantes y aventureros, el afectado extranjerismo y el divorcio

con la clase popular, la pendenciera miseria conmixta con sana alegría en los humildes, la formación de una clase dirigente y las raíces de una conciencia nacional, de un nacionalismo que a todos une y exalta en los compases de la chueca, tienen en estos vivaces y amables cuadros trazados con mano firme y contenidos y con perfil como otros tantos y redondos cuentos; tienen, digo, en Edwards Bello su inigualable cantor. Entre los tales, al hilo de las aventuras del mozo que está por el propio autor, se inserta una historia aparte, una novela con principio, desarrollo y fin, así «El curioso imperitante» en el océano de la gran novela cervantina. Que son las venturas y desgracias de Fresia Coronel, una hermosa chilena y de existencia airada por las altas tierras de Bolivia, con la parte que al protagonista le toca en su búsqueda y rescate. Aquí el tono es otro y el encanto se rompe como si el autor hubiese engarzado por las buenas en el libro de sus memorias una historia ya lista y arrumbada en el cajón de los manuscritos. Lo cual no significa que no valga por una bien pergeñada novela corta, con bien traídos escenarios, justa caracterización, destreza en la intriga, estilo rápido y lenguaje eficaz.

No es bastante mi conocimiento del autor de *El roto* y *Don Juan Lusitano* para seguir el proceso de su estilo, de su depuración instrumental, aunque sí para rastrear en *Valparaíso* una suavidad y ternura, sin mengua de la vivacidad y agilidad iniciales, que se echaba de menos en aquellas obras. Lo mismo que puede predicarse de *Karla y otras sombras*, el delicado libro de Santa Marina. Ese mundo de los recuerdos de infancia, ese avivar jirones de abiertos entre las brumas de un pasado que hoy sabemos feliz, cuenta en el haber de nuestro escritor con el precedente próximo de la deliciosa *Perdida Arcadia*, un librito sin par. Como allí, entre lo vivo y lo poetizado, el escritor montañés vuelve por la vigencia de unos

años de formación y voluntariamente acallados, celosamente encubiertos desde la gesta legionaria, al otro día de Annual y Monte Arruit. Al cabo de años y logros, de humillaciones y trabajos, descubre parcialmente Luys la cortina de su leyenda de hombre de acción, duro, deshumanizado y metido en filologías y ejercicios estilísticos, para desvelar lo que bien conocíamos sus amigos: su inmensa ternura, su delicadeza, su insobornable inclinación poética. Su castigadísimo lenguaje, el caudal de locuciones y proverbios, su economía y acerado estilo son, sin duda, los de sus obras mayores: *Tras el águila del César* y *Cisneros*. Pero la madurez, el tema y el tono: el dorado otoño han arrojado del templo cuanto sonaba a clásico, a ya dicho, a fría erudición. Al extremo que aquellas obras admirables y ya lejanas, con junto las estampas de nuestros tercios y de los días isabelinos, o las compilaciones de trozos de los clásicos para tejer el vivir de los grandes siglos, se nos antojan simple material de ensayo, el palenque en que se templara el gran escritor de *Karla* y *Perdida Arcadia*, primeros sillares de las memorias de un corazón esforzado y tierno de un infanzón de pro.

Ya no torneos a la antigua usanza, ni cultismos, ni apolladas frases hechas, si por acaso las hubo hasta hoy. Por rara coincidencia fortuita, también la sociedad infantil de Luys está —cual la del chileno— poblada de extranjeros, a vueltas con cruces y entronques, con proyección e intereses del otro lado del mar y de los montes: alemanes, noruegos, italianos, austríacos, indianos y navegantes por los Siete Mares, amores en los Alpes, reyertas en Méjico, doradas aventuras en París o en Amalfi. Pero nada más alejado del clima épico de la rudeza soldadesca, del sensualismo dannunziano o el cosmopolitismo de entreguerras. Todos esos lances y peripecias se devuelven y se miden por el Castro natal. Los evoca una casa, un nombre, un recuerdo familiar. Son histo-

rias oídas o entrevistas a través del cendal de la propia infancia, amueblando así, y en unión de las cosas tangibles de entonces, un maravilloso mundo sin tiempo, sin límites, ayuno de sinsabores y experiencia. Un mundo de comprensión, nuevo a cada instante, donde las grandes palabras conservan todo su contenido paradigmático. Un paraíso que se desvanece en el capítulo postrero, cuando el hidalgo mozo se ha convertido en el hombre pesimista, en el hombre terenciano, merced al espaldarazo de la guerra.